

***Chiquita*, una novela espectacular**

Pablo Montoya

Chiquita es pequeña, pero su historia literaria posee contornos de grandeza. Su grandiosidad, sin embargo, no es épica ni heroica, ni tampoco psicológica ni sentimental. Es una grandeza vinculada al mundo del espectáculo que ella, esa mujer llamada Espiridiona Cenda del Castillo, vivió y representó con intensidad. Los ámbitos novelescos en los que transcurre la vida de Chiquita remiten, por ello mismo, al tinglado del vodevil, a los trucos del teatro de variedades, a las maravillas del circo y la feria que amenizaron las horas de los burgueses occidentales en el frenético tránsito del siglo XIX al XX.

Chiquita aparece y el lector, sin preámbulo alguno, queda suspendido en la fascinación. Sesenta y seis centímetros de estatura, un cuerpecillo bien formado, rasgos de gitana, voz cantarina que recita versos románticos y canta habaneras, así como una coquetería fecunda, son algunos de los rasgos que hacen de Espiridiona Cenda un personaje sencillamente encantador. De entrada, cuando se sabe el tamaño del personaje de la novela de Antonio Orlando Rodríguez, se intuye también que lo que nos espera es el viaje por un mundo lleno de seres insólitos.

Chiquita se presenta en la novela como lo hacen las estrellas en los espectáculos. Segura de su portentosa seducción, definida en la certeza de que lo suyo es despertar una de las variantes del asombro en los ojos que la ven. Pero detrás de ella lo que se dibuja, con rasgos magistrales, no es solo el relieve multicolor de una obra de teatro, sino el dramático espesor de una época.

Chiquita, en este sentido, no es solo el minucioso itinerario de una existencia feérica, de una artista que nombró mejor que nadie el ritmo de representaciones inolvidables, sino que también es el fresco de un tiempo que tuvo, entre el desborde de sus placeres ostentosos, la plena conciencia de su fugaz esplendor. El tiempo de Chiquita es también el tiempo en que Estados Unidos toma las riendas políticas del mundo. El tiempo en que Cuba se independiza de una metrópoli decadente y monárquica para caer bajo la dominación de otra que empezaba a pregonar libertades democráticas. El tiempo en que el incansable José Martí recorría Nueva York y desde sus crónicas auscultaba su despiadada metamorfosis. El tiempo en que la burguesía parisina, que retrató la sinuosa escritura de Marcel Proust, cae de su trono en medio de las músicas vaporosas de Debussy y las excentricidades de salón de Toulouse-Lautrec. El tiempo en que, finalmente, los teatros de variedades eran capaces de reunir en sus recintos a una humanidad variopinta de magnates industriales, de presidentes republicanos, de anarquistas insidiosos, de espiritistas faranduleros y de hermosas divas voraces.

Chiquita es una novela impactante por la investigación histórica que sostiene sus intrigas nómadas. Nada parece escaparse de la atención de este narrador de curiosidad ubicua. Los licores y las comidas, los vestidos y los coches, las calles y los inventos de la ciencia, la política y

la mariconería, las vedettes y las sectas de los enanos, el mundo del periodismo y el mundo de los detectives, los circos y las operetas, Wagner, Ignacio Cervantes y Saumell, los hoteles neoyorquinos y los jardines parisinos, las pueblerinas ferias trashumantes y las multitudinarias exposiciones universales, la santería y el espiritismo, José Jacinto Milanés, Alejandro Dumas y Scott Fitzgerald. Pero este inmenso telón de referencias en ningún momento se torna pesado. Se entrelaza con los avatares de la vida de Espiridiona Cenda con una espontaneidad fluida y deliciosa. Y no hay duda de que uno de los méritos de *Chiquita* es el equilibrio que se establece entre esta frívola liliputiense y el mundo que hormiguea a su alrededor haciendo las ecuménicas guerras, consiguiendo el escurridizo dinero y buscando desde sus fragores cotidianos la necesaria dosis de diversión para que la vida no sea únicamente desazón y angustia.

Chiquita, en cuanto novela, juega con los niveles de la verosimilitud en los que se desarrollan las intrigas y sus respectivos entramados históricos. Y no podía ser de otra forma cuando de lo que se trata es de narrar un universo que se hunde a todo momento en las coordenadas de lo maravilloso, por no decir en las de la mentira. Hay un biógrafo que escribe la vida de la muñequita antillana. Ese mismo biógrafo, en tono coloquial y muy cubano, desdice de los acontecimientos que él ha escrito, presionado por los caprichos grandilocuentes y las invenciones megalómanas de la biografiada. Y hay un narrador que, por encima de esta ficción, trata de imponer su veracidad en algunas notas al margen y en un preámbulo y una nota final. Es esta continua corrección sobre lo dicho, esta oscilación permanente entre la subjetividad y la objetividad, lo que le otorga a la novela su carácter aún más literario y, por tanto, más ficcional. Sabrosamente inventiva, divertidamente real, la novela se torna compleja en esta lúdica incesante de sus voces narrativas.

Chiquita hace pensar en el realismo mágico. Al leer algunos de sus pasajes se recuerdan ciertas atmósferas garciamarquianas. Hay ecos de los espectáculos caribeños donde se codean seres extraordinarios provenientes de todos los rincones del orbe. Pero el mundo circense de García Márquez, que Cepeda Samudio comparte igualmente en sus cuentos, está hundido en el fracaso, en el desengaño, en la condena y en el desamor. Y esta mirada, digamos melancólica de lo fabuloso, no es la que realiza Antonio Orlando Rodríguez. La suya, al contrario, está imbuida de pujanza y optimismo. Y uno se pregunta de dónde surge este interesante cambio en la perspectiva. Acostumbrados a que el jorobado de Victor Hugo se enloquezca, a que el mago de Lublin de Isaac Bashevis Singer fracase, a que el hipnotizador de Mario de Thomas Mann represente el mal del fascismo, a que el enano de Pär Lagerkvist inspire temor por doquier, a que el ángel viejo de García Márquez padezca el desamparo, este desborde sin fin de *Chiquita* y los raros seres que la acompañan caen como un baño de agua fresca. Por supuesto que el cambio de esta mirada tiene su origen en la personalidad radiante de la diminuta matancera.

Chiquita, con sus 550 páginas, es muchas cosas. Pero sobre todo es un bello homenaje al mundo de los vodeviles, los circos y las ferias. Sus momentos más fulgurantes son aquellos en que irrumpen los escenarios de lo insólito con sus tragadores de sables, sus encantadores de serpientes, los magos que desaparecen, las damas barbudas, los gigantes que bailan danzas de

otra parte, los deformes políglotas, los enanos dandis y las adivinas que leen el futuro en las líneas de las orejas. Toda esta humanidad que acompaña a Chiquita durante el tiempo que narra la novela, los setenta y seis años que vive la princesita cubana y en los que el mundo habrá de transformarse vertiginosamente, lo hace como si fuera parte de un toque hipnótico propiciado por la escritura de Antonio Orlando Rodríguez. Tanto es así que al cerrar el libro, finalizado este recorrido de fábula, en la evocación del lector se juntan todas estas criaturas, las humanas y las zoológicas, que han llamado la atención de los escritores desde los tiempos en que Charles Perrault rescató a Pulgarcito de las leyendas medievales, para rodear el cofrecillo de nácar desde donde saldrá, festiva y fresca, Espiridiona Cenda de Castillo, este personaje entrañable de la literatura hispanoamericana.

Publicado en la revista *Número*, Bogotá, No. 58, septiembre-noviembre 2008, pp. 86-88.

Publicado como parte del apéndice de *Chiquita*, Madrid: Punto de lectura, 2009.